

CORPUS

Corpus

Archivos virtuales de la alteridad americana

Vol. 8, No 1 | 2018
Enero / Junio 2018

La Reforma Universitaria y la política al ras del suelo

Ana Clarisa Agüero



Electronic version

URL: <http://journals.openedition.org/corpusarchivos/2226>

DOI: 10.4000/corpusarchivos.2226

ISSN: 1853-8037

Publisher

Diego Escolar

Electronic reference

Ana Clarisa Agüero, « La Reforma Universitaria y la política al ras del suelo », *Corpus* [En línea], Vol. 8, No 1 | 2018 | 2018, Publicado el 05 julio 2018, consultado el 06 julio 2018. URL : <http://journals.openedition.org/corpusarchivos/2226> ; DOI : 10.4000/corpusarchivos.2226

This text was automatically generated on 6 July 2018.

Licencia Creative Commons: Atribución-NoComercial 2.5 Argentina (CC BY-NC 2.5 AR)

La Reforma Universitaria y la política al ras del suelo

Ana Clarisa Agüero

- 1 El centenario de la Reforma Universitaria encuentra a la historiografía en una situación diversa a la que marcó los bicentenarios de la Revolución y la Independencia: mientras que aquellos fueron la ocasión de exponer la enorme renovación del conocimiento sobre esos procesos experimentada en los últimos cuarenta años, este es un centenario que, salvo contadas excepciones, no puede reposar sobre una renovación análoga. Pensado en términos de la arena pública más general, eso hace más sencilla la profusión de los usos instrumentales de la reforma y las invocaciones más bien espontáneas o de ocasión. La dimensión política del evento se inflama a la vez que se empobrece, lo que no por habitual es menos problemático.
- 2 De esa dimensión política de la reforma, interesante e ineludible, a mí me atraen especialmente ciertas cuestiones que he trabajado a nivel local, cordobés, pero estimo ayudarían a reconsiderar otras más generales: la arena tanto social como político-cultural del movimiento universitario, la diversidad de experiencias del proceso, la fisonomía y los tiempos efectivos de los ciclos de politización y radicalización que hicieron que muchos hombres salieran transformados de allí. En este aspecto, si los intentos de releer la experiencia cordobesa desalientan cualquier generalización, subrayando el protagonismo de las realidades locales, el de modificar el ángulo de visión puede ofrecer, creo, pautas de interés más general.
- 3 Globalmente, me parece que el problema es menos que el evento haya intentado ser remitido a ciertos macrofenómenos que el hecho de que, en general, eso no dialogó con una avanzada analítica orientada a identificar los nexos que se postulaban, lo que hizo que estos funcionaran más como supuestos que como tesis, o se traspolaran formas más o menos canónicas de articular grandes variables (clases medias, generaciones, etc.). En este aspecto, la reforma sigue estando muy precisada de exploraciones más “al ras del suelo”, según la feliz expresión de Jacques Revel, y por eso ciertas indicaciones de Gardenia Vidal —que apuntan interrupciones o regresiones en el propio curso de los

acontecimientos— me parecen una llave muy sugerente para volver a mirar de otra manera cosas que se tenían por dadas.

Primera cuestión: ¿de las aulas a las calles o al revés?

- 4 La primera cuestión que me interesa hace a una fórmula de larga vida, propalada por el propio reformismo en momentos muy tempranos: la que señala que ese movimiento fue “de los claustros a las calles”. A mi juicio, variar el ángulo de visión permitiría, por un lado, invertir los nexos causales respecto del movimiento en sí mismo y, por otro, reconducir esa imagen a una de sus experiencias, marcada generacionalmente. En el primer aspecto, creo que es posible demostrar que el estallido universitario que suele datarse en junio obedeció a fuerzas sociales y político-culturales muy concretas que lo precedían. Fuerzas de carácter local que, en mayor o menor medida, ya se desplegaban en un espacio público que elaboraban y expandían, como la Asociación Córdoba Libre, los comités georgistas, la actividad seccional de ciertos partidos, las organizaciones obreras y aun el comité antineutralista. La guerra europea, antes que una referencia al hundimiento de Europa, es una vía de movilización y encuentro con las dirigencias italianas; las nuevas inflexiones de la tradición liberal, antes que cuestiones de doctrina, son virajes efectivos en las formaciones que apelan a ella y la declinan en el sentido de cierto progresismo social (por eso su consistencia política pudo ser tanta mientras su anticlericalismo era tan extemporáneo y de combate). Y así.
- 5 Una mirada tal permite sugerir que el movimiento objetivo va de las calles a las aulas y no al revés, pero también, y este es el segundo aspecto, considerar que si se representa a sí mismo como originario y naciendo en las aulas, es en parte porque para cierta generación lo fue. Los estudiantes, que como señalara Halperin son quienes viven ante todo en un tiempo presente, creen que la política y la movilización han comenzado con ellos. Y dado que, efectivamente, *para ellos* se abre un universo de acción novedoso, es solo respecto de él que cabe decir que hay una movilización en las aulas que (también o luego) se vuelca a las calles.

Segunda cuestión: las fuerzas reales

- 6 Otra cuestión que me interesa especialmente es la variedad de actores, pertenencias e identidades asociativos, partidarios o de otro orden que atraviesan esa movilización universitaria. Aunque buena parte del estudiantado es independiente, y la vocación de independencia será defendida como condición de la unidad estudiantil, es bastante evidente que muchos forman parte de otras experiencias y tradiciones en el mismo momento en que tiene lugar este proceso, o las abrazan a partir de él; y, por ende, que esas otras pertenencias e identidades inciden de diversas formas, sea como esquemas previos de acción y concepción, sea como deliberado intento de sobredeterminar el conflicto, sea en el más espontáneo de comunicar y eslabonar generaciones y orientaciones.
- 7 Por sus varias formas de presencia y sus compromisos cruzados, de los partidos, quizás el radicalismo sea el que más permite complejizar la trama. Dividido entonces en dos sectores, más y menos vinculados al gobierno provincial (el “azul” y el “rojo”, respectivamente), dentro de un sector estudiantil las simpatías están repartidas, en

especial en la primera fase reformista, cuando el consenso es, al menos en lo relativo a la universidad, muy amplio. Un cierto número de estudiantes ocupa además puestos en la estructura estatal y, al menos en ciertos casos, como el Consejo de Higiene, estos parecen derivar de la proximidad partidaria. A la vez, el hecho de que Yrigoyen intente resolver simultáneamente la cuestión universitaria y la interna local, con vistas a las elecciones provinciales, conducirá en la segunda mitad del año a que una parte muy activa del estudiantado acabe enrolándose en el Centro Liberal Universitario que acompañará la candidatura de su ungido, Elpidio González. Este desplazamiento no corresponde forzosamente a una retracción polémica, ni priva a este sector de experimentar su propia radicalización, pero sí sugiere un encuadramiento que dialoga estrechamente con el curso del proceso universitario y con la mirada positiva de la presencia nacional.

- 8 Sin embargo, esa no es entonces la única referencia partidaria. El Partido Demócrata ocupa un lugar relevante en el conflicto, luego bastante desdibujado, en parte por el desinterés de sus sucesores de disputar el legado. Pero si lo que interesa es 1918, su presencia es indiscutible, y se traduce en figuras estudiantiles de cierta gravitación, como Horacio Valdez o Carlos Suárez Pinto, en “amigos mayores” como Amado Roldán y Guillermo Rothe, y aun en el sensible influjo que la antigua propuesta de reformulación universitaria de Ramón J. Cárcano tiene en la primera fase del conflicto. El Partido Socialista, por su parte, tiene una presencia cierta, aunque es preciso aún avanzar en una reconstrucción detallada de su expresión estudiantil. En todo caso, su aval es declarado en las varias visitas nacionales (Mario Bravo, Alfredo Palacios, entonces fuera del partido), sus vacilaciones parecen incidir en las tomas de distancia del yrigoyenismo y su acción se hace sentir también en forma mediada, a través de egresados recientes como Arturo Orgaz o Deodoro Roca, ambos con relaciones próximas aunque no orgánicas (y tampoco lineales, como sugiere el hecho de que Roca sea entonces funcionario del gobierno provincial, en tanto director del Museo Politécnico).
- 9 Ciertas experiencias asociativas, que reposan en una larga acumulación característica del fin de siglo y muy bien trabajada por Pablo Vagliente y Gardenia Vidal, son igualmente relevantes para pensar el sustrato de la reforma. Entre ellas sobresale Córdoba Libre, nacida en torno a una suerte de manifiesto librepensador en 1916 y marcadamente politizada a lo largo de 1918. Estímulo decidido del movimiento universitario, el crescendo de agitación que alimenta en la segunda mitad del año será a su vez decisivo en su propia formalización y fijación de estatutos, bajo una junta ejecutiva compuesta por Saúl Taborda, Deodoro Roca y Sebastián Palacio. Córdoba Libre adquiere entonces una marcada heterogeneidad partidaria y social, que llega a expresarse territorialmente en la formación de comités seccionales, y una sensible presencia pública. Su programa reúne motivos reformistas de diversa inspiración, desde aquellos que alimentan un vasto reformismo social anterior hasta los que declinan en sentido georgista, socialista y aun en un municipalismo que merece ser considerado. Allí conviven comerciantes, profesionales, figuras intelectuales de cierto renombre, algún dirigente ferroviario y estudiantes, y no solo es posible señalar las formas concretas de su impulso a la movilización estudiantil sino que también es probable que, para muchos universitarios, esa doble pertenencia —tenida o adquirida en el primer umbral de radicalización— haya sido la vía fundamental de una transformación política más duradera. Aun para ciertos referentes de las cohortes anteriores, comenzando por Deodoro Roca, Córdoba Libre, con su crecimiento, agitación y presencia territorial, parece haber actuado como la experiencia decisiva para ir *hacia otro lugar*.

- 10 También la gravitación de otras fuerzas institucionales merece ser considerada para, a contrapelo de la imagen de la “Córdoba católica”, exponer cómo funcionó concretamente el intento de la Iglesia de incidir en el conflicto. Tomar como descripciones ciertas las que eran figuras de combate, incluidas las variaciones en torno al jesuitismo, no es la mejor vía, aunque haya sido exitosa. En este punto, una serie de trabajos recientes, como los de Mauro o Schenonne, permite entender mejor el modo en que los sectores católicos orgánicos pasaron del reformismo del primer ciclo al antirreformismo del segundo; cómo eso se enlazaba a sus propias disputas y proyectos (comenzando por el de una universidad católica); y cómo, también, en el plano de la política cruda, creencia y activismo estudiantil podían guardar relaciones muy distintas. Los sobreentendidos sobre la *Corda Frates* también flaquean con esto, mostrando en cierto modo cómo, bajo los pies de esa identidad declamada, lo único que permanece indiscutible es el juego de los intereses.
- 11 La cuestión de las fuerzas reales en juego merecería varios desgloses más: el contrapunto entre egresados y estudiantes, en tanto sectores con expectativas y demandas propias, que provocan desencuentros efectivos a lo largo del proceso; el habido entre las generaciones canónicas y las intersticiales (Roca o Martínez Paz frente a Enrique Barros, Ismael Bordabehere u Horacio Valdez); el que une o distancia alternativamente al movimiento estudiantil de experiencias como el antineutralista Comité Pro-Dignidad Nacional.

Tercera cuestión: politización y radicalización, umbrales *hacia otra cosa*

- 12 La tercera cuestión podría ser también la primera: la propia evolución del conflicto universitario en Córdoba sigue precisando una mirada minuciosa, capaz de identificar los momentos de expansión y retracción, de caracterizar las formas de la política en cada caso y de datar con cierta precisión los umbrales de radicalización que acabaron por precipitar el proceso en un sentido. En este punto, es muy importante volver a considerar la primera fase del movimiento, iniciada en diciembre de 1917. Por un lado, porque permite advertir cómo se van agregando las diversas demandas propiamente institucionales; por otro, porque sugiere que el proceso de reformas pudo cerrarse mucho antes, sin dar forzosamente lugar al estallido universitario, que es el evento sobre el que reposa toda la fuerza de la reforma cordobesa como hito fundacional de una o varias tradiciones.
- 13 Sobre un sustrato de extendida disconformidad ante el estado de la institución universitaria, ciertas medidas puntuales, como el anuncio del cierre del internado de Medicina, agregan demandas y abren el espacio de la protesta. Interrumpido por las vacaciones, en marzo de 1918 el conflicto se reanuda y precipita en el sentido de la huelga, lo que a su vez trae el cierre de la universidad y la llegada de la primera intervención. Hacia finales de mayo, esa intervención ha introducido modificaciones más bien modosas pero que abren la expectativa de una renovación institucional, en gran medida identificada con el nuevo lugar de los consejos directivos electivos en el gobierno de la universidad, en detrimento de las viejas academias vitalicias. Dije que la reforma es modosa porque, como señala Buchbinder, ese orden de medidas había tenido lugar en Buenos Aires doce años antes, pero es indudable que en el cuadro cordobés representaban un cambio auspicioso. La casi universal aceptación de la intervención Matienzo acusa un

punto muy interesante, porque si se atiende al clima de fines de mayo, la reforma universitaria parece estar ya hecha y encaminada: la elección rectoral vendría a rematar un proceso que se declara prácticamente cerrado desde ese momento, y en esto parece haber un acuerdo muy general.

- 14 Lo que surge de esta constatación tan elemental es que ese primer momento es bastante distinto al que lo seguirá desde el mayormente inesperado resultado de la elección rectoral; que no hay una evolución forzosa entre uno y otro; y que, en todo caso, de haber vencido Enrique Martínez Paz, candidato reformista, todo pudo haberse detenido allí. Sin abundar en las vías alternativas, una resolución de ese orden hubiera extinguido las condiciones eficientes del estallido tal como lo conocemos, y variado las de sus consecuencias, comenzando por el creciente componente social de la reforma, precipitado desde entonces y en conexión con la agitación general. En cambio, al tiempo confiado de fines de mayo siguió el tiempo exasperado del resultado electoral, y tomar seriamente este momento, de una renovada, virulenta y muy compleja politización, que se radicalizó al compás de la ruptura del frente reformista, parece fundamental para entender cuándo, de qué modo y por qué, el movimiento de reforma universitaria pasó a ser *otra cosa*.
- 15 Visto así, sin duda junio inicia un ciclo novedoso de politización, que asume un cariz más radical que el anterior también en la medida que una parte del movimiento, que incluye a los católicos orgánicos y a ciertos sectores “liberales”, ha quedado escindida y enfrentada a la Federación Universitaria. Este segundo ciclo hace su propia crispación y la segunda intervención trae una segunda paz, a la que ya no se llega igual, y esto no solo porque el ciclo de movilización ha sido más virulento y sostenido, ha dado lugar a una intensa acción territorial que estimuló el vínculo con otras realidades y asume una declinación más abiertamente democrática y social, sino, también, porque esa paz llega acompañada de un intenso sentimiento de triunfo. Sobre el cierre de ese ciclo, el ataque a Enrique Barros, que es lo que más que nunca precipita el acompañamiento sindical, acabará representando un segundo umbral de radicalización que solo algunos podrán transitar. Un par de ejemplos pueden ilustrar esto. Ismael Bordabehere, que en noviembre se integrará al Comité Liberal Universitario, dirige los primeros números de *La Gaceta Universitaria* en 1919, salidos a mediados de año. A esa altura, su voz ya ha sonado en la denuncia de los sucesos de la Semana Trágica, otra inflexión traída por enero, y su prédica adquiere un indiscutible tono obrerista, que marca la fase más radicalizada de la revista. Hay constancia de que Bordabehere busca deliberadamente inclinar el movimiento hacia los sectores trabajadores y crear un lectorado obrero para *La Gaceta*. Sin embargo, su opción ha sido acompañar el voto a González, candidato yrigoyenista finalmente derrotado. El caso es atractivo, porque permite asomarse a un viraje más general y avizorar las propias apuestas obreras de un sector del radicalismo, alimentado por la integración de jóvenes hasta allí independientes, que no desdeñan críticas al capitalismo o las fuerzas represivas. En fluido contacto con Gregorio Bermann, Bordabehere despliega su mirada en un lenguaje muy semejante el del responsable de las asociaciones culturales, aunque es presumible que no siempre aludan a las mismas cosas (y que, en el caso de Bordabehere, el viraje llegue hasta ahí).
- 16 Otro ejemplo: ni Ceferino Garzón Maceda ni Roca son en marzo de 1918 los que serán en *Mente*, la revista que en 1920 reúne una serie de intervenciones de filobolcheviques a libertarias, en la que también se expresan miradas críticas y desafíos al movimiento reformista, desde un casi fuera de campo que enarbola las promesas de la revolución

verdadera frente a los límites de la reforma. En quienes serán tan protagónicos en la elaboración del reformismo como tradición, a lo largo de las décadas, sin duda adquiere especial interés comprender cuándo, cómo y por qué se fue operando ese desplazamiento. Y aquí el problema dista de ser local aunque admita muchas expresiones intermedias, entre las que me inclino a ubicar a esas dos figuras. En definitiva, se trata de entender en qué momento alguien que cree que hay que *iluminar* al obrero pasa a considerar que debe compartir trincheras con él; o alguien que considera que el horizonte es la libertad republicana pasa a conceder, al menos fugazmente, que Rusia puede ofrecer un norte para más que sí misma (y con esto se aleja del gran consenso respecto del valor *histórico* de su revolución que marca al liberalismo constitucional).

- 17 Un contexto muy general es el que ofrece el vasto acuerdo en torno a la “justicia social” como correlato de la democratización política; acuerdo que, según Halperin, marca la etapa 1917-1922 y, podría decirse, desplaza todo el arco político hacia la izquierda. Pero es evidente que ese sustrato, que abonó las formas progresivas de la política en que el movimiento universitario nació, no fue lo que definió su fisonomía efectiva, que en parte se precisa en su propia dinámica política, con sus regularidades y azares. Allí parece residir el deslizamiento que permitió que muchos viraran hacia posturas reformista-radicales o revolucionarias, que se transformaran durablemente a sí mismos (algunos, simplemente, rasgando su piel criolla) y que procuraran, a lo largo de los años, regular las lecturas de un proceso que tendía a licuarse o inflamarse conforme las coyunturas y tomas de posición ulteriores.

BIBLIOGRAPHY

- Agüero, A. C. (e/p). Estudiantes reformistas. Notas sobre la experiencia, las generaciones y las ideas (1880/1935). En P. Buchbinder (Comp.). *Juventudes Universitarias en América Latina: ayer y hoy*. Rosario: UNR Editora.
- Agüero, A. C. (2016). Córdoba. 1918, más acá de la reforma”. En A. Gorelik, y F. Arêas Peixoto (Comps.), *Ciudades sudamericanas como arenas culturales*. Buenos Aires: Siglo XXI Editores.
- Agüero, A. C. y Núñez, M. V. (2018). Los asesinos de Barros. Una pesquisa sobre la derrota. En D. Mauro, y J. Zanca (Comps.), *La reforma universitaria cuestionada*. Rosario: Fhumyar Ediciones.
- Buchbinder, P. (2005). *Historia de las Universidades Argentinas*. Buenos Aires: Editorial Sudamericana.
- Cárcano, R. J. (1892). *Universidad de Córdoba. Algunas palabras sobre su organización*. Buenos Aires: Félix Lajouane.
- Di Filippo, L. (1920). A definirse. *Mente*. Publicación de crítica social, Año I, N° 2.
- Domínguez Rubio, L. (2016) *Mente*. Publicación de crítica social. En <http://culturasinteriores.ffyh.unc.edu.ar/iec002.jsp?pidf=2Z6WFNDIP&po=R> .
- Halperin Donghi, T. (1999). Estudio preliminar. En *Vida y muerte de la república verdadera (1910-1930)*. Buenos Aires: Ariel.

- Julliard, J. (2012). Verité du réformisme. Mil neuf cent. Revue d'histoire Intellectuelle, N° 30.
- Mauro, D. (2018). Los católicos frente a la reforma universitaria (1917-1922). En D. Mauro y J. Zanca (Comps.), *La reforma universitaria cuestionada*. Rosario: Fhumyar Ediciones.
- Prochasson, Ch. (2012). Nouveaux regards sur le réformisme. Mil neuf cent. Revue d'histoire Intellectuelle, N° 30.
- Schenone, G. (2011). El accionar del estudiantado católico en la UNC durante la Reforma universitaria de 1918. *Modernidades*, N° 11.
- Vagliente, P. (2015). *Asociativa, movilizada, violenta. La vida pública en Córdoba, 1850-1930*. Villa María: EDUVIM (2 T.).
- Vidal, G. (2007). La reforma universitaria de 1918 y su repercusión en los resultados electorales. En G. Vidal, (Comp.), *La política y la gente. Estudios sobre modernidad y espacio público*. Córdoba, 1880-1960. Córdoba: Ferreyra Editor.
- Vidal, G. El asociacionismo laicista y la reforma universitaria de 1918 (Córdoba-Argentina). En www.fee.tche.br/sitefee/download/jornadas/2/h1-02.pdf.

AUTHOR

ANA CLARISA AGÜERO

Universidad Nacional de Córdoba y Consejo Nacional de Investigaciones Científicas y Tecnológicas, Argentina

Correo electrónico: anaclarisaa@yahoo.es



CORPUS

Corpus

Archivos virtuales de la alteridad americana

Vol. 8, No 1 | 2018
Enero / Junio 2018

Comentarios

Natalia Bustelo, Guillermo Vázquez, Fernando Diego Rodríguez, Ana Clarisa Agüero and Diego García



Electronic version

URL: <http://journals.openedition.org/corpusarchivos/2255>

DOI: [10.4000/corpusarchivos.2255](https://doi.org/10.4000/corpusarchivos.2255)

ISSN: 1853-8037

Publisher

Diego Escolar

Electronic reference

Natalia Bustelo, Guillermo Vázquez, Fernando Diego Rodríguez, Ana Clarisa Agüero y Diego García, « Comentarios », *Corpus* [En línea], Vol. 8, No 1 | 2018, Publicado el 06 julio 2018, consultado el 06 julio 2018. URL : <http://journals.openedition.org/corpusarchivos/2255> ; DOI : [10.4000/corpusarchivos.2255](https://doi.org/10.4000/corpusarchivos.2255)

This text was automatically generated on 6 July 2018.

Licencia Creative Commons: Atribución-NoComercial 2.5 Argentina (CC BY-NC 2.5 AR)

Comentarios

Natalia Bustelo, Guillermo Vázquez, Fernando Diego Rodríguez, Ana Clarisa Agüero and Diego García

Comentarios de Natalia Bustelo

- 1 La Reforma movió cosas e ideas, nos propone Fernando Rodríguez. Y podemos reconocer que las cuatro intervenciones iluminan distintas cosas o ideas movidas por la Reforma, pero también divergen en los modos de encontrar, analizar y ordenarlas. Siguiendo a Vázquez, entre las cosas que movió la Reforma se destaca la construcción de universidades y sociedades laicas, pero ello no impide reconocer en las ideas constituyentes un anticlericalismo inspirado en una particular religiosidad. Y una de las tareas pendientes sería el análisis sistemático del modo en que la Reforma procesó el sustrato teológico-político característico de la modernidad. Sin refutar esa concepción, las cosas reformistas pierden su dependencia con las ideas teológicas y reciben otro orden en las otras tres intervenciones.
- 2 Para Agüero, ambas se recortan de una dinámica política —compuesta de regularidades pero también de azares— propia del 1918 cordobés. Un análisis preciso de esa dinámica permite revisar varios presupuestos de la historia de la Reforma. Uno de los descubrimientos es que si bien los discursos reformistas de entonces proponían que la Reforma iba de los claustros a las calles, se trata de un orden de ideas que tenía como correlato un movimiento inverso en el orden de las cosas, pues la movilizaciones de los meses anteriores sugiere que la Reforma nació en las calles y luego llegó a los claustros. En cuanto a las diversas “fuerzas reales”, o bien al orden de las cosas, podrían emerger en las nuevas investigaciones si se distancian de las enunciaciones, o el orden de las ideas, propuesto por los reformistas poco después, cuando ya sufrieron la transformación producida por la masificación y prolongación del reclamo. Sin negar esa transformación, podríamos preguntarnos si el puñado de líderes reformistas ya contaba con una definición radicalizada de la política y la masificación los habilitó a transitar la construcción de un orden de cosas radicalizado.

- 3 Tampoco aparece el problema de las ideas teológicas fundantes de la política si, como formulo en mi intervención, se sostiene que las cosas e ideas reformistas son el resultado de una serie de selecciones interpretativas y que otras nuevas pueden ingresar a la historia material e ideológica de la Reforma si se emprenden nuevas búsquedas de fuentes. Por su parte, Rodríguez propone que el exilio argentino de los jóvenes apristas, por un lado, y las editoriales y revistas *Valoraciones* y *Sagitario*, por el otro, son espacios privilegiados en los que se probaron las ideas reformistas y se proclamó la transformación, perteneciente al orden de las cosas, de la relación de los estudiantes argentinos con la Revolución Social. El análisis nos invita a concluir que recién hacia 1926 se produce en Argentina un movimiento tal de las cosas e ideas que permite la pregunta y participación política de los reformistas. Ese año un editorial/manifiesto de *Sagitario* reniega del diletantismo de la Reforma para declarar que la Reforma debe vincularse a los procesos políticos y sociales que exceden los claustros y en los años siguientes se registran iniciativas que tienden a realizar ese programa. Una opción es leer las críticas a los ocho primeros años de la Reforma que realiza el editorial/manifiesto como una descripción testimonial. Pero otra opción es incluir esa descripción en el carácter prescriptivo de ese tipo de textos. Es más, si un exhaustivo rastreo biblio-hemerográfico no deja dudas de que entre 1918 y 1926 existieron diversos grupos estudiantiles que buscaron conectar la Reforma Universitaria con la política local, nacional e internacional, habría que establecer a qué tipo de operación prescriptiva pertenece la aparente descripción neutral que declara la ausencia de política en los primeros años reformistas. El olvido o negación de experiencias pasadas en las cuales reconocerse y guiarse es una operación frecuente en los manifiestos inaugurales y sobre todo de los juveniles, pues lo nuevo aparece como un indiscutido valor positivo. Así la novedad política que busca *Sagitario* podría identificarse como una estrategia de legitimación decidida por motivos tan diversos como las diferencias políticas con los grupos previos, la experiencia en tiempo presente característica de los estudiantes y la identificación de la juventud y la vanguardia con lo nuevo.

Comentarios de Guillermo Vázquez

- 4 Siempre que leo un texto sobre Reforma Universitaria, y este año más aún, venga de donde sea –ya de la historiografía más informada, el ensayo libre más polémico o la institucionalidad más vacía–, no puedo sino pensarlo en el presente. En el presente de las facultades en las cuales me vinculé como estudiante y militante –Derecho y Filosofía–, en el presente del movimiento estudiantil argentino (y continental), en los intentos de trasladar experiencias políticas universitarias al terreno político-social *per se: de los claustros a las ciudades*, según escribió David Viñas sobre la trayectoria de Deodoro Roca. Porque la referencia a la Reforma por todo el mundo parece obligada, a un paso de su centenario, pero también porque todavía caminamos bastante a tientas sobre lo que ocurrió verdaderamente ahí. No por la distancia en el tiempo y la dificultad de acceder a los archivos (los otros tres trabajos son por demás informados y lúcidos en su recorrido de fuentes):tal vez, en todo caso, por el poco transcurso del tiempo. Recuerdo esa anécdota a esta altura muy citada: en alguna oportunidad le preguntan en una reunión de la ONU a un primer ministro de la República Popular China cuál era su opinión sobre la Revolución Francesa, a lo que respondió que aún era pronto para valorarla. Con la Reforma Universitaria acaso pase lo mismo.Sin embargo, cada escritura, cada hipótesis,

despierta siempre su vinculación con el presente. Como si ese *movimiento* todavía se encuentre en algún tránsito, con avances y retrocesos.

- 5 Me parece que los textos de este debate dialogan con esa tensión con el presente, voluntaria e inevitablemente también. Preguntarse qué fue y qué pretendió –con mayor o menor nivel de realización– el movimiento reformista del 18 es una pregunta de gran actualidad. Creo que los cuatro textos del debate marcan un contrapunto con un cierto sentido común bastante instalado (acaso por razones más políticas que puramente historiográficas si esto no fuera oxímoron: la influencia de lo que hoy se auto-reivindica como reformista: el socialismo universitario, el radicalismo partidario y su brazo universitario): la hegemonía centroizquierdista, institucionalista (o culturalista), de elites laicas, demo-liberal, como referencias ideológico-políticas más propias de lo sucedido en el 18 y sus reverberaciones. Las posibles respuestas, claro, volviendo a Viñas: *sí, pero no*. Por caso, el texto de Fernando Diego Rodríguez marca un problema puntual que es una constante en el movimiento estudiantil: la idea de un Partido Reformista, cuyo horizonte más palpable fue el aprismo peruano, con sus altibajos. Jauretche, mencionado al pasar por Fernando Rodríguez, señalaba que el vínculo mayoritariamente hostil con el yrigoyenismo en su último gobierno fue una de las razones de falta de fortaleza del movimiento reformista (y no al revés, como razona con buenos argumentos el texto de Bustelo): no haber podido estructurar su proyecto emancipatorio en una atmósfera política que le hubiera tendido un puente. Es lo que decía, dando un paso más aún, Portantiero en un texto de comienzos de los 70 (“Estudiantes y populismo”) sobre el movimiento fubista en los albores del peronismo: tomaron la opción por la alianza oligárquica, con el costo que ello implicó.
- 6 Creo que el texto de Bustelo dialoga en buena medida con el de Agüero, en tanto la dimensión obrera y la vinculación izquierdista de la juventud del 18 son hoy temas secundarios en las reivindicaciones reformistas que suelen aparecer en actos oficiales y en las bibliografías más establecidas como referencia explicativa masiva. Y sin embargo, como bien razonan las autoras en estos y otros extraordinarios trabajos que vienen publicando sobre estos asuntos, un eje central se viene perdiendo en ese olvido. Veo también allí una cierta discusión (historiográfica, pero no solamente): para Bustelo ese camino entre el 18 y la izquierda se emprende con más veracidad histórica (fuentes, documentos, se manejan para Natalia con cierta objetividad), y creo que Agüero lee más *interpretaciones posibles* a ese vínculo, que no deja de ser conflictivo: en un punto, por las relaciones de las izquierdas más radicalizadas con el acontecimiento del 18 (reacias en buena parte a darles cabida), así como también por las derivas de muchos de los referentes de los inicios del movimiento hacia una centroizquierda institucional y socialdemócrata en sus múltiples tentativas políticas. Asimismo, el particular vínculo obrero-estudiantil (pensado críticamente también por Portantiero en su clásico libro), presente en la Reforma en mayor o menor medida, creo que debe repensarse no con la algarabía de un encuentro fructífero y productivo, sino atendiendo a los problemas que la idealización acrítica de ese vínculo genera. El Cordobazo, acaso como epígono máximo de la productividad política de esa *unidad*, sigue encontrando enérgicas polémicas alrededor de este encuentro –insistimos: complejo y conflictivo– de esos sujetos, esas culturas, esa mixtura no siempre progresiva, casi nunca cómoda, y sobre la cual cabe seguir pensando y discutiendo, otra vez, de nuevo, con una mirada sobre su potencialidad en el presente.

Comentarios de Fernando Diego Rodríguez

- 7 Observando los textos que acompañan al mío en esta excursión por la Reforma, miro, veo y releo lo escrito. Las tres intervenciones me permiten, cada una a su modo, volver sobre mis pasos, analizar mis carencias y retomar el entusiasmo.
- 8 Corresponde comenzar por Ana Clarisa, siempre exacta en el señalamiento. Ella adivinó ya en su primer párrafo aquello que inútilmente pretendió encubrir mi texto: una reivindicación política del evento del 18, que, sin pudor, quise anudar a recorridos posteriores, a momentos luminosos de la biografía política de sucesivas generaciones de estudiantes, a mi propia biografía.
- 9 La historia es la revivencia intelectual del pasado en la mente del historiador, decía Croce, cita antiquísima, compartida por muchos de los protagonistas de esta historia. Postura que hoy tal vez irrite y sobre la cual todos los anatemas son posibles. Sin embargo, nada nos impide practicar, por un momento, aquel humanismo radical, y recorrer el hilo de la historia hacia pasados que comienzan a iluminarse en la medida en que nuestro presente los invoca.
- 10 Pocas cosas tenemos en nuestra historia del siglo XX como la Reforma para ensayar esa pecaminosa forma de empatía con el pasado, excursión que por regla general nos está prohibida.
- 11 La política es —y aquí sigo a Ana— algo que regularmente sucede “al ras del suelo”, sin embargo, allí, entre 1918 y 1928, se urdió algo del orden de lo perdurable, más allá de los avatares de los claustros y de los locales partidarios.
- 12 Pienso que, contrariamente a lo que pareciera sugerir el comentario de nuestra agudísima amiga, lo que eventualmente (seguramente) empobrecerá esta evocación centenaria será la aceptación complacida de que la Reforma es un hecho del pasado, que logró su objetivo haciendo de las aulas un lugar más habitable y moderno y que además nos legó una serie de ilustres políticos que prestigiaron con su presencia a los sucesivos partidos del arco progresista.
- 13 A esta pavimentada ruta de los festejos prefiero el adoquinado de la historia, ya que como todos sabemos: “debajo de los adoquines están las playas”. Por eso —y no creo haberlo hecho muy bien— quise poner en un primer plano un episodio fallido, una derrota política, una “quijotada” como fue aquello de la creación de un Partido Nacional Reformista, nacido para no nacer. Fue precisamente porque por aquellas costuras mal surfiladas, emergían otras posibilidades, luego de que lo más interesante de la Reforma en la Argentina ya había concluido (1927) y cualquier cosa que pudiera calificarse de revolución ya solo ocurriría fuera de nuestras fronteras.
- 14 Por ese camino, asistido a derecha e izquierda por aquellos jóvenes “idealistas”, que nutrieron desde el campo literario a las formaciones políticas juveniles, me encuentro, con el saludable señalamiento de Natalia, que descorre el velo sobre una vieja operación de algunos notables historiadores de la Reforma.
- 15 En efecto, y en orden a las sucesivas y previsibles (auto)celebraciones, la historia de la Reforma fue limada en sus aristas más ríspidas, expurgando —o minimizando— la emergencia de grupos que orientaron su mirada hacia la gran esperanza del siglo: la Revolución Rusa. Y que, además, junto con esta apreciación de la gran lección de Octubre,

- iban a tratar de desvincular a “...la figura del estudiante con la del niño bien para acercarla a las clases oprimidas”.
- 16 La sensación general que queda de la lectura de los documentos disponibles es que esta idea que así expresada parece abrir un tempranísimo camino hacia lo que luego conocimos como “proletarización” de la militancia, no tuvo en absoluto un desarrollo llano y unívoco. No es una piedra en bruto que, una vez hallada, solo nos queda pulir.
 - 17 Los primeros esbozos del tema, en *Insurrexit*, por ejemplo, nos muestran una actitud más bien desafiante por parte de los comunistas hacia el movimiento estudiantil. Una marcación de territorio, un desprecio hacia la condición pequeñoburguesa del joven estudiante. Una breve cita allí de Nicolás Olivari describe ese estado de ánimo en el número de diciembre de 1920: “Juventud ególatra, perversa, flamante de trajes, raída, desflecada de ideas, de moral, de corazón, yo abomino de ti y te maldigo...”
 - 18 Desde aquí, e incluyendo inectivas de este tipo, la historia de encuentros y desencuentros entre militancia estudiantil y clase obrera transitaría caminos complejos, a veces paralelos, escasamente convergentes. Tengo para mí, que aquello que vibró como ideal en los jóvenes del 18, tardaría— para ser exactos— 51 años en acontecer.
 - 19 La intensidad política que Natalia exige —con justicia— que se reponga en el corpus historiográfico de la Reforma me lleva a la tercera estación de esta relectura.
 - 20 Y allí encuentro el texto de Guillermo Vázquez. Me impacta. Podría haberse abierto con la cita de Olivari, digna de Jeremías. Tonos proféticos que había escuchado desde mis primeras excursiones por el asunto y que Vázquez me permite ordenar con su intervención.
 - 21 El enfoque teológico-político, la reposición simultánea de Nietzsche y de la verba de Ongaro acelera mi viaje hacia el pasado del que extraje mis primeras conclusiones sobre los artistas e intelectuales que acompañaron el proceso de la Reforma Universitaria.
 - 22 En efecto, mi llegada a la historia de la Reforma Universitaria estuvo signada por los estudios acerca de los grupos de intelectuales que se nuclearon alrededor de ciertas revistas de la vanguardia literaria local, en especial los que giraron en torno a *Inicial*. Aquí descubrí a aquellos que Oscar Terán bautizó para siempre como *modernos intensos*. Aquellas modulaciones del “sorelismo posible” en nuestras pampas. Discursos desgarrados de una generación de posguerra que no había hecho la guerra, pero deseaba alguna, para barrer con la mediocridad burguesa que —decían— aplanaba los destinos individuales y colectivos.
 - 23 El mentor de *Inicial*, Brandán Caraffa, a quién Alfredo Bianchi llamaría el “jacobino cordobés” (no sabemos si en busca de un oxímoron), reunió en su publicación a muchos de los más prominentes ideólogos del primer reformismo porteño y platense: Julio V. González, Homero Guglielmini, Carlos Sánchez Viamonte, entre otros. Entre ellos y un conjunto muy rico de artistas y escritores se tramaría aquello que yo me permití llamar el “Frente estético-ideológico de la nueva generación”.
 - 24 La mirada mística y vitalista acerca del momento que atravesaba el mundo de posguerra hacía que sus intervenciones sobre el reformismo fueran adoptando cada vez más una distancia crítica y desesperanzada. No sería en la Universidad realmente existente —aun incluyendo las reformas de 18— donde se forjaría el hombre nuevo, intenso, místico y la vez deportivo. No sería ese el lugar donde para decirlo en palabras de Sánchez Viamonte “cualquier Sócrates descalzo diera clase a sus alumnos”. No habría Jardín de Akademos.

- 25 En la serie de sus referencias se sucedían los mencionados Nietzsche y Sorel, también Bergson, Papini y Lenín. Pero no faltaba, y por aquí vamos cerrando, Bakunin, de la mano de Jesucristo y en la pluma de Raúl González Tuñón:

“Por eso he de decirte, Señor de las melenas:
Sedientas, vengativas...agitadas, serenas...
Hay nobles caravanas de fuertes luchadores,
Y harán que la miseria y el escarnio termine,
Inundados de gracia, en los mil resplandores
¡De los rojos sermones de Miguel Bakounine!
(Señor Jesucristo, Inicial, N° 5, abril de 1924)

Comentarios de Ana Clarisa Agüero

- 26 Las intervenciones atacan cuestiones muy variadas y con diversa perspectiva temporal: ideas, prácticas y retóricas políticas desplegadas entre el estallido del movimiento reformista y algunos de los momentos relevantes de su forja como una, o varias, tradiciones. Con toda probabilidad, una idea más ajustada de lo que fueron la Reforma y el reformismo en su propia época requeriría atender todas esas dimensiones y, hasta donde sea viable en forma controlada, conciliarlas. Un nuevo cuadro de situación historiográfica bebe de ese tipo de esfuerzos colectivos, como de la multiplicación de las preguntas, las fuentes y los ángulos de observación. Aquí me detendré apenas en algunas de las cuestiones que encuentro más estimulantes y creo implícitas en el breve momento que atendió mi primera intervención.
- 27 *Reforma, universidad, sociedad.* Un elemento subtendido a las cuatro intervenciones es la aparición de la política estudiantil universitaria como nueva zona de actividad, y del estudiantado como nuevo actor de la política en general. Esto implica procesos de politización y radicalización que se dan tanto en el ámbito discreto de la Universidad cuanto en el marco ampliado de la política en su conjunto, es decir, tanto las dimensiones institucionales de la Reforma como los puentes efectivos con otras zonas de la sociedad. Así, esos procesos pueden pensarse de diversos modos: internamente, como paulatino distanciamiento de la dimensión puramente institucional o como formas novedosas de relación con el universo político anterior —o contemporáneo— de ideas, asociaciones y partidos. Visto de este modo, por ejemplo, la ruptura del frente reformista en junio de 1918 es muy significativa, porque implicaría la retracción y colocación adversataria de un sector amplio de estudiantes y la simultánea disponibilidad de otro para una evolución de progresista a radical, bastante heterogénea. En términos generales, en Córdoba ese desplazamiento reposa en una arena *liberal- progresista* que ha venido preparándose en los últimos años, y adquiere un lugar nuevo a partir de allí. Si la Asociación Córdoba Libre expresa bien esa orientación general es porque logra fugazmente, en su propio vuelco político-territorial, reunir tendencias muy diversas en torno a un programa social avanzado: profesionales, estudiantes, comerciantes y algún dirigente obrero; socialistas, jóvenes demócratas, radicales “rojos”, además de independientes y librepensadores de variada especie.
- 28 Los diversos *ciclos* de agitación contemporáneos, entre ellos el muy significativo de la protesta obrera, al que está asociada la izquierda radical local, presionan el horizonte, pero es el desplazamiento general del arco político —al menos nacional— el que habilita que un sector concentrado de los recién nacidos a la vida política inicien recorridos de mayor radicalización.

- 29 *Reforma y partidos.* Otra de las cuestiones hace a los modos en que la Reforma y el reformismo se relacionaron con los partidos, y esto en un momento significativo de mutación de las entidades partidarias en general. Atento al estudiantado, podría decirse que el lugar de los partidos cambia: inicialmente, marca pertenencias anteriores de algunos, que sin duda inciden, o intentan incidir, en el curso del conflicto; luego, intenta ser sumergido o puesto en segundo plano, algo que en parte es condición de la emergencia de una zona nueva de actividad (la política universitaria) y del estudiantado como actor; poco después, un sector amplio se lanza a la actividad partidaria, en parte atraído por el radicalismo y como expresión del gran juego de Yrigoyen. Todo esto puede observarse en Córdoba en el propio año 18, pero de allí a los intentos de formar un partido reformista, como el que atiende Fernando Rodríguez, hay sin duda un gran paso, que los cordobeses seguirán escasamente.
- 30 Con todo, el fracaso de ese intento de matriz aprista alentará un nuevo tipo de esfuerzo en 1931: el de convocar a una concertación de fuerzas “de izquierda” partiendo de un núcleo de viejos universitarios reformistas: nuevamente González pero también Gabriel del Mazo y Emilio Biagosch, entre otros. Hay aquí varias cosas interesantes: la conceptualización de las fuerzas “de izquierda” al calor del golpe de setiembre, tan abarcativa como para implicar al radicalismo yrigoyenista o hacer una última invectiva al Partido Socialista Independiente; la reedición de una antigua autorrepresentación de las fracciones intelectuales *progresistas*, que parecía llamarlas a ocupar un lugar que otros, comenzando por los más versados en la política cruda, le negarían. Fracasado como intento de conjunto, este parece tomar el pulso del proceso que estimuló la Alianza Cívica, más marcada por aquella política cruda que por las elucubraciones de las fracciones intelectuales. Allí, sin embargo, viejos reformistas tendrían una presencia significativa, que expone los vínculos habidos o presentes con el PDP y el socialismo. Como señala Tcach, a diferencia de otros distritos, en Córdoba esa alianza evocará de manera muy directa el 18: Gregorio Bermann es candidato a la gobernación, Deodoro Roca a la intendencia, Arturo Orgaz a una senaduría nacional.
- 31 *Politización, radicalización y experiencia.* Las nociones de politización y radicalización buscan, ante todo, asir un proceso cuyo sujeto es preciso definir. En tanto procesos, implican la cuestión de los umbrales de actividad, exposición y tolerancia política. En lo que hace al sujeto, este por momentos solapa una variedad de condiciones que, en la fase inicial de la Reforma, deben ser resituadas respecto del movimiento estudiantil. Los momentos de politización y radicalización que se verifican allí no corresponden forzosamente a los de egresados y simpatizantes, pero suelen tener, además, cierta diversidad interna. En todo caso, puede discernirse aquello que constituye la orientación general del movimiento de las expresiones más concentradas, en ocasiones marcadas también por experiencias de otro orden. Esto no es una pauta del mayor interés histórico ni del valor político o moral de las expresiones concretas; es simplemente un modo de caracterizar el movimiento y saber qué trajo de efectivamente nuevo la Reforma universitaria. Mientras más se alargue la vista, más relevante es también tener en cuenta la inestabilidad de muchos de esos desplazamientos, que permiten que las mismas figuras abonen identidades muy distintas a lo largo de los años, que vayan y vuelvan al progresismo por la vía de una izquierdización fugaz, y a veces que viren hacia la derecha para ya no regresar.
- 32 A esos respectos, la extraordinaria figura de Juan Lazarte, considerada por Natalia Bustelo, parece ofrecer claves complementarias a su evocación de los centros de

estudiantes revolucionarios entre 1919 y 1923. La primera de ellas, el señalamiento de una relativa exterioridad del núcleo inicial respecto del movimiento estudiantil mayoritario y su adscripción a los sectores obreros, cuyo influjo proyectarían a la Universidad; la segunda, una marca etaria que pesa en momentos en que cinco años son mucho, que permite afirmar que ese núcleo tendría ya una considerable reserva de experiencia política. Así, al caracterizar el sector “revolucionario” en el inicio del movimiento reformista, anota sobre este: “una minoría que tiene su base extrauniversitaria, minoría revolucionaria de visión de conjunto amplia, que ya había luchado, que conocía persecuciones y cargas en la calle...” (Lazarte 1935, p. 26). Y al adjudicar a esa “base extrauniversitaria”, obrera, tanto ciertos triunfos cuanto lo que considera el mayor legado de la Reforma, su *corriente social*, señala: “En síntesis, el gran movimiento revolucionario obrero ya constituido en 1918, es el que infiltra la Reforma e influye para que el movimiento no devenga un acontecimiento pequeño burgués, cuya ideología niega frente al liberalismo democrático de los caballeros reformistas de los ‘hombres libres’ y de la ‘Nueva Generación’ ” (23).

- 33 La propia trayectoria de Lazarte estimuló otras consideraciones que debí resignar por cuestiones de espacio. En todo caso, los puntos que subrayo no solo me parecen iluminadores sino también resistentes: permiten entender el lugar que ese núcleo ocupa, permiten imaginar por qué Lazarte no cobra visibilidad sino en los meses finales del conflicto, estando ausente, hasta donde veo, de nóminas de manifiestos, detenidos y demás. Permiten, finalmente, tomar distancia de su propio discurso, estimulado por un auditorio estudiantil de los años treinta, recuperando aquellas experiencias que lo habían vinculado a algunos de los demiurgos de los “hombres libres” en tiempos de radicalización (Deodoro Roca y Saúl Taborda, por comenzar), que en parte lo reconciliarían luego con otros de la “Nueva Generación” (quizás González, cuyo estímulo frentista parece saludar al referirse a La Plata) e incluso lo acercarían tanto a Lisandro de la Torre. El último punto, creo, abriría todo un capítulo, orientado a desmontar esa suerte de apacible confusión entre los motivos de la *comuna* y el municipalismo de la Liga del Sur, que pareció seducir a muchos entre las décadas del 10 y el 30, Taborda incluido, y estimo un referente cierto de Córdoba Libre.
- 34 *Política, ideas y matrices*. El texto de Guillermo Vázquez invita a volver sobre un punto relevante, que hace a la complejidad de aquel mundo de ideas y discursos. No solo por la polifonía que domina la etapa, sino porque además se trata de una coyuntura convulsa y marcada por la ampliación del tablero político, en que abundan las convivencias inesperadas y los deslizamientos relativamente veloces. La presencia de cierto redentorismo laico en el discurso reformista señala, en este punto, una situación común a otros motivos, aunque deriva su peso singular del encadenamiento a conflictos anteriores definidos en términos religiosos y de la actualización de esos bordes desde los sucesos de junio. A partir de allí, creo, ligado a la señalada necesidad de construir un enemigo claro y capaz de reunir ánimos de difícil equilibrio, comenzará también la fase principal de elaboración de la Reforma como hecho laico y del anticlericalismo como parte integrante de la tradición reformista. Sus ecos resuenan aún hoy —creo que es la “corrección” de la que habla Guillermo— como modo algo autocomplaciente de definir un *partido* progresista, aun si extemporáneo. Pensarlo así obliga a extremar la alerta sobre los tópicos esgrimidos entonces de un lado u otro (“jesuitas” o “ácratas”), a devolverlos a una arena política, a la vez, compleja y pedestre, pero también a desmontar aquellos casos más consistentes de trasposición reformista de la religión, como se advierte en Taborda —

pródigo en parábolas y letanías— hasta entrados los años treinta (ver las intervenciones de Rodríguez y Martínez en AAVV 2015/16).

- 35 Entre las matrices en juego, Rodó evoca también el sinuoso conducto ofrecido por el modernismo hispanoamericano, con su reválida laica de Santa Teresa de Jesús o San Juan de la Cruz, que gravitan sensiblemente en Taborda o Roca. En todo caso, reaparecen aquí dos cuestiones generales muy relevantes para la interpretación: por un lado, cómo pensar juntas cosas que presumiríamos disociadas (el ejercicio del citado *debate*); por otro, cómo precisar su protagonismo pasado, afrontando que a veces su representatividad es escasa pero su interés es alto. No es un tema menor, y si lo traigo aquí es porque estimo que figuras como las mencionadas (egresados, mayores, etc.), que se adivinan detrás de muchas intervenciones, han sido sobreestimadas en tanto expresivas del movimiento estudiantil. El americanismo y el antiimperialismo, tan subrayados luego en otras latitudes, en Córdoba parecen decir bastante poco si se apartan de esas figuras; lo cual, si no permite desestimarlos, sí aconseja justipreciarlos.

Comentarios y reflexiones finales de Diego García

- 36 A fines de 1988 el editor de *The New York Times Magazine* le pidió a Robert Darnton un artículo “breve y de interés” sobre el inminente bicentenario de la Revolución francesa. El encargo: un escrito que diera cuenta de “la incapacidad de los franceses para ponerse de acuerdo en torno a qué celebrar de los acontecimientos que los dividieron doscientos años atrás”. Darnton, que no quería escribir historia desde la perspectiva de la “política contemporánea”, convenció al editor de que lo mejor sería un texto con el objetivo de explicar el sentido de la Revolución francesa a un público no iniciado aunque cultivado, un escrito “de historia en serio, no sobre asuntos de actualidad”. Todo terminó, previsiblemente, con el rechazo del envío de Darnton (“demasiado complicado, demasiado demandante para el lector”).
- 37 La anécdota condensa las tensiones que las conmemoraciones -esos acontecimientos previstos y preparados anticipadamente que remiten a otro acontecimiento anterior- generan y revelan en el ecosistema de los historiadores en particular y de los científicos sociales en general. En especial aquellas que hacen a las relaciones entre interés público y especialización profesional, por un lado, y a las variadas posibilidades de articular pasado y presente, por el otro.
- 38 Estas tensiones se perciben en las intervenciones que conforman el corpus del presente debate, aunque se despliegan en una situación singular -identificada con precisión por Ana Clarisa Agüero- que en parte les da su tono: las dificultades de la historiografía para afrontar la celebración pública de la reforma universitaria desprovista de la seguridad que una sólida renovación del conocimiento sobre el tema en cuestión ofrecería. Sin embargo, ¿es todo lo que podemos decir de esta situación?
- 39 El fallido encargo de Darnton con el que comenzamos nos invita, también, a considerar las cosas desde otra perspectiva, aquella que asume el público más amplio de no especialistas. Ante la “incapacidad de los franceses para ponerse de acuerdo” lo que parece primar, por contraste, en la conmemoración de la reforma universitaria es la capacidad de los argentinos para hacerlo sin mucho esfuerzo. Y ese acuerdo extendido abraza inclusive sectores políticos e ideológicos, como el peronismo, que en un pasado no tan lejano no tenían motivos para reconocer en el ‘18 un momento que valiera la pena reivindicar.

- 40 No sorprende esa reciente reivindicación. Puestos a buscar siempre es posible encontrar afinidades más o menos plausibles (el costado anti-imperialista, la gratuidad de la educación superior decidida por Perón, la voluntad juvenilista, etc.). Pero más allá de las declinaciones, es aquel consenso el que se impone en el espacio público. ¿Es posible encontrar allí una clave para entender la limitada renovación del conocimiento historiográfico en torno a la reforma universitaria? Cualquiera sea nuestra opinión, no podemos dejar de lado que, al menos desde los '80, el espacio universitario ganó creciente estabilidad y la historia como disciplina transitó un proceso de normalización que supuso una creciente autonomía de la política con sus ganancias (en general conocidas) y pérdidas (menos analizadas). Volviendo a aquel consenso, es muy factible, por otra parte, que derive de fenómenos de muy diverso tipo y caladura: desde el desinterés ante una problemática que legítimamente se percibe acotada y con dificultades para interpelar a un universo más vasto, a la falta de alternativas de fondo –más allá del ruido cotidiano– para imaginar el futuro.
- 41 La perspectiva que ofrece la lógica conmemorativa, privilegia una mirada que destaca las discontinuidades y rupturas sobre las permanencias; la lógica historiográfica no necesariamente. Guillermo Vázquez indica la presencia teológico-política que alienta las intervenciones discursivas reformistas, en general soslayadas por el anticlericalismo declarado del movimiento. El señalamiento permite extender múltiples hilos hacia el pasado (el vitalismo, Nietzsche, Rodó, Sorel), el presente (Yrigoyen) y el futuro (la juventud peronista) y, así, abre un vasto campo de problemas que habría que ir precisando. Además de los señalamientos de Ana Clarisa Agüero, Natalia Bustelo Y Fernando Rodríguez en sus comentarios, me gustaría insistir en dos posibles vías: por un lado en la dimensión pragmática de esas palabras, discursos y “fuentes” (entre ellas, el Manifiesto Liminar) y, por otro lado, en la distinción entre la presencia de la teología-política en el yrigoyensismo y el problema teológico-político en el movimiento reformista.
- 42 Además de Guillermo, Ana Clarisa también privilegia (aunque en otros planos) una mirada atenta a ciertas continuidades que se revelan al mirar “al ras del suelo”. Así la reforma se presenta como efecto de la energía liberada previamente por la acción –en la arena pública urbana– de variadas y heterogéneas fuerzas sociales, políticas y culturales. Ese cuidadoso procedimiento de contextualización ubica al estallido en un lugar que habilita, a su vez, a la consideración atenta de los acontecimientos que llevan a la politización y radicalización de la protesta universitaria. Así la discontinuidad aparece con toda su contingencia y no se intenta controlar a partir de su remisión a otro “nivel” del que sería síntoma o expresión. Los hombres que participaron en ese tiempo denso salieron de allí transformados; ahora bien, ¿a cuántos afectó ese cambio?, ¿es posible rastrear esa transformación en figuras no universitarias?; en el mismo sentido, ¿qué posibilidades y límites marcaron la politización y radicalización?
- 43 Las otras intervenciones destacan, en cambio, la reforma como comienzo. Para Fernando es el punto de partida de los estudiantes como actores políticos. Hay dos movimientos analíticos acoplados que vale la pena destacar en su aporte: en primer lugar, la decisión de no evaluar históricamente la aparición de este nuevo sujeto político y, en especial, su práctica y sus apuestas, por la efectividad lograda; en segundo lugar, considerar esa práctica militante desde la perspectiva de los actores en su concreta historicidad (con sus percepciones, experiencias, expectativas y estrategias). Se ilumina así un recorrido que va de la política de ideales al giro aprista del 1926 y la “apuesta tardía” del Joaquín V.

González por fundar el Partido Nacional Reformista al año siguiente, en el intento por salvar el movimiento de su agotamiento en un contexto político dinámico y complejo.

- 44 La mención del aprismo nos remite a la declarada dimensión continental de la reforma, destacada en los libros que Natalia analiza. Como dijimos, para ella el '18 es también un comienzo, en este caso de un ala radicalizada que intentó ligar a la reforma al “proceso emancipatorio que parecía expandir el bolchevismo a escala internacional”. La mirada de Natalia, en este caso, es la de rescatar del olvido ese sector de izquierda que los libros clásicos que presentan a la reforma como un quiebre político-cultural (del Mazo, Ciria y Sanguinetti, Portantiero) pretendieron escamotear por motivos diversos.
- 45 Probados artefactos político-culturales, esos libros fundan casi un género literario en sí mismo. De factura compuesta, combinan un estudio introductorio con una compilación de documentos, testimonios y fuentes que conforman el grueso del volumen (o de los volúmenes). La primera parte intenta dotar de sentido y propone una lectura sobre la segunda que, por otro lado, autoriza esa interpretación. Constituyen, en efecto, verdaderos “lugares de la memoria” para sectores identificados con la reforma; engranajes activos en la cadena de transmisión que constituye el reformismo.
- 46 La lógica de estos libros -que son también una forma de conmemoración y se publican en generalmente en algún aniversario de la reforma- habilitan más a considerar los acontecimientos del '18 y su deriva en términos de unidad y fragmentación más que de continuidad y ruptura. Libros misceláneos, ubican en un mismo espacio materiales de muy diverso origen y características, operación que los integra al tiempo que los tiñe de significado. Natalia señaló los efectos de olvido orientado que las omisiones en estos libros pueden producir. Me gustaría destacar, a su vez, la fuerza performativa que la selección definitiva genera.
- 47 En este punto vale la pena recordar, aprovechando que es posible ver esos libros como acciones, que los testimonios y documentos que contienen (y los que contenían en un momento y luego eliminaron) son otras tantas acciones que, en ocasiones, nos pueden guiar en la extrañeza del pasado. “El hombre que actúa es un hecho. El hombre que relata es otro hecho. Cada testimonio testimonia sólo de sí mismo; de su propio momento, de su propio origen, de su propia finalidad, y nada más”. Las palabras de Renato Serra -que nos recuerda Carlo Ginzburg- de su intercambio crítico con B. Croce, y su convicción de que conocemos sólo la historia que nos interesa conocer, son una invitación a evitar tanto el positivismo ingenuo como el escepticismo en nuestro acercamiento al pasado.

BIBLIOGRAPHY

AAVV (2015/2016). 1918. Tentativas en torno a Saúl Taborda, Córdoba y la reforma universitaria. Políticas de la memoria, 16.

Darnton, R. (2010). *El beso de Lamourette. Reflexiones sobre historia cultural*. Buenos Aires; Fondo de Cultura Económica.

Ginzburg, C. (2010). *El hilo y las huellas*. Buenos Aires; Fondo de Cultura Económica.

- González, J. y otros (1968). Los universitarios argentinos y el problema político nacional. En A. Ciriá y H. Sanguinetti. *Los reformistas*. Buenos Aires: Jorge Álvarez.
- Lazarte, J (1935). *La reforma universitaria. Líneas y trayectorias*. Buenos Aires: Argos.
- Tarcus, H. (2007). *Diccionario biográfico de la izquierda argentina*. Buenos Aires: Emecé.
- Tcach C. (2012). Movimiento estudiantil e intelectualidad reformista en Argentina (1918-1946). *Cuadernos de Historia*, 37.